

y monasterios de la diócesis de Lieja, para completar y consolidar así la obra de la reforma (1).

En la primavera de 1586 se detuvo Bonhómini otra vez en los Países Bajos, a fin de preparar un sínodo provincial para la Provincia eclesiástica de Cambray. Éste se celebró en Mons en octubre de 1586 bajo su presidencia y la del arzobispo de Cambray, Luis de Berlaymont. Los decretos mostraron en todas sus partes la más estrecha adhesión a las reformas del concilio tridentino; diferenciábase con todo de los publicados en Lieja en que no como allí se anunció simplemente el tridentino y se aclaró con decretos del nuncio, sino que todo el campo de la vida eclesiástica, del círculo de acción episcopal y pastoral se reunió en veinticuatro capítulos y se reguló por numerosos cánones (2). Cuán duradero fué el efecto del impulso dado por Bonhómini, muéstralo el hecho de que en el año 1589 el nuevo e insigne obispo de Tournai, Juan Vendeville, siguió su ejemplo y asimismo celebró un sínodo diocesano (3). El incansable nuncio, que cayó enfermo en Mons, no dejó perder la ocasión, apenas restablecido, de recorrer también la arquidiócesis de Cambray, para dirigir allí todavía por sí mismo la ejecución de los decretos sinodales. La consecuencia fué una radical transformación de las costumbres del clero. Reformóse entonces también el célebre monasterio de Lobbes (4).

De aquí fué a ver Bonhómini al arzobispo de Tréveris, Juan de Schönberg, íntimo amigo suyo y de sus mismas ideas, con quien ya en 1585 había negociado sobre la celebración de un sínodo diocesano. El viaje fué para el hombre enfermizo y acostumbrado al suave clima de Italia, tanto más fatigoso, cuanto que le condujo en medio del invierno, que fué extraordinariamente riguroso, por el inhospitalario bosque de las Ardenas. Él dió el último golpe al cuerpo quebrantado del nuncio. Cuando Bonhómini a principios de diciembre llegó de vuelta a Lieja, su predilecta morada, estaba enfermo de muerte. Como un soldado fiel al deber, así escribe Levino Torrencio, no ha perdonado a su vida ni tenido consigo miramiento alguno, cuando podía ser útil al pueblo cristiano. Aunque estaban

(1) V. Chapeville, III, 540; Ehses-Meister, I, LV, 168 s., 170 s., 175 s., 186, 190.

(2) Hartzheim, VII, 991 s.; Ehses-Meister, I, LVII. Cf. Gousset, Les actes de la province ecclés. de Reims, III, Reims, 1844, 542 s.

(3) Hartzheim, VII, 1036 s.

(4) V. Ehses, II, 521 s. Cf. Pirenne, IV, 487.

agotadas las fuerzas corporales de Bonhómini, no así su gusto de trabajar. Mientras preparaba la impresión de los decretos del sínodo de Lieja, el Señor tomó para sí a su fiel siervo (25 de febrero de 1587). Los últimos días de Bonhómini fueron tan edificativos como toda su vida. Refiere su biógrafo, que estando enfermo de gravedad, a pesar de las instancias de los médicos, no quiso dejar la rigurosa observancia de los preceptos del ayuno. Antes de su fallecimiento pronunció de nuevo solemnemente la profesión de fe tridentina (1).

Sixto V, que había tomado el más caluroso interés en los trabajos de Bonhómini, intentó conceder la sagrada púrpura a este varón, cuyo nombre está unido inseparablemente con el victorioso rechazamiento de la más peligrosa acometida protestante a los países católicos del Rin. En el consistorio de 6 de abril de 1587 lamentó la muerte de este prelado de sólo cincuenta años, que consumido del celo de la salud de las almas, no había rehuído ningún sacrificio en hacienda y salud, y trabajado tan incansablemente por el bien del pueblo católico, que le queda asegurado para todos los tiempos un lugar de honor entre los nuncios alemanes. Con razón se ha indicado qué felices resultados hubiera podido alcanzar la reforma y restauración católica en Alemania, si en vez de un Ernesto de Baviera y un Wolfgango de Dalberg se hubiesen sentado en las sillas arzobispales de Colonia y Maguncia varones como San Carlos Borromeo o Bonhómini (2).

III

Con una abnegación que delata al discípulo y partidario de San Carlos Borromeo, se había dedicado Bonhómini a la tarea reformatoria, que la nunciatura de Colonia tenía por fin en primer término, hasta que la muerte le cortó los pasos. Halló en Octavio Mirto Frangipani, obispo de Cajazzo, un sucesor, que, por más que fuese diferente su índole diplomática, se esforzaba con todo por conseguir el mismo fin: la renovación de la vida eclesiástica en el clero y en los legos. Su nombramiento efectuóse el 13 de junio de 1587. Probablemente sólo provisto de instrucciones orales, en

(1) V. Compte rendu de l'Acad. de Bruxelles, III, 11 (1870), 212; Ehses-Meister, I, LIX s.; Ehses, II, 522 s.

(2) V. Ehses-Meister, I, LIX s. Cf. Colombo, Bonomi, 86 s., 102 s.

julio emprendió su viaje, para llegar a Colonia el 25 de agosto (1).

Las cosas de Alemania habían sido enteramente extrañas hasta ahora al napolitano Frangipani. Sin embargo acreditóse de todo en todo la elección del nuncio, la cual probablemente procedió del mismo Papa, en tales negocios muy independiente. El talento diplomático de Frangipani vino muy a propósito dado el estado de tirantez que reinaba en el Rin inferior. En tiempo relativamente corto supo familiarizarse bien con la complicada situación e intervenir en ella decididamente con toda cautela y serenidad. En oposición a la costumbre de su predecesor residía casi constantemente en la metrópoli renana, salvo la ausencia de varios meses en los Países Bajos, ocasionada por una controversia teológica en la universidad de Lovaina (2). Aun después de vencida la crisis provocada por Gebardo Truchsess, el estado de cosas en Colonia era tal, que parecía muy necesaria la presencia del nuncio. Mientras Rheinsberg se hallaba aún en manos de los partidarios de Gebardo, la situación de los países renanos a pesar del trabajo preparatorio de reforma de Bonhómini ofrecía todavía aspectos poco satisfactorios, aunque no faltaban lados luminosos. El buen pueblo renano en su mayor parte había conservado la fe de sus padres; frecuentaba asidua y devotamente las iglesias y cumplía a conciencia sus obligaciones pascuales. También del clero que tenía cura de almas, recibió pronto Frangipani la mejor impresión; alaba su celo y su aptitud. Con especial gozo observó entre los católicos de Colonia una viva actividad científica. Al lado de historiadores y eruditos como Miguel Eyzinger, Pedro Suffridio, Miguel ab Isselt y Jorge Braun, trabajaban allí también eminentes controversistas, como Cornelio Schulting-Steinweg, Juan Nopel y Gaspar Ulenberg. El ayuntamiento se mostraba sinceramente adicto a la antigua Iglesia, aunque en algunas ocasiones por amor a los intereses económicos era tolerante respecto de los herejes flamencos. El culto solemne de la catedral tenía que padecer todavía por la negligencia de los canónigos nobles. Sin embargo en general se podía estar contento del estado de Colonia

(1) V. Ehses, Relaciones de nunciatura, II, XVI, XX, 4 s. *G. Gritti, que en 18 de abril de 1587 había participado el rumor del envío de un cardenal legado para la dieta, notifica el 13 de junio el nombramiento de Frangipani (*Archivo público de Venecia*). Sobre los poderes de Frangipani v. Megentheim, I, 273 s.; sobre su vida L. v. der Essen, Corresp. d'Ottavio Mirto Frangipani, Roma, 1924, XLVII s.

(2) Cf. vol. XXI, cap. III, pág. 176.

gracias al trabajo preparatorio de Bonhómini. En cambio bastante mal andaban las cosas en Vestfalia, adonde la apostasía de Gebardo Truchsess había atraído un número de gente incomparablemente mayor; reinaba allí en muchas partes ignorancia e indisciplina en el clero (1).

Frangipani tenía la mejor voluntad de cumplir con las obligaciones de su posición. Ya muy pronto concibió el plan de practicar una sólida visita de toda la arquidiócesis de Colonia. En Roma se aprobaron enteramente sus intentos, pero se instó a la mayor armonía posible con el arzobispo, el clero y el ayuntamiento de Colonia (2). El mayor impedimento para los intentos de reforma eclesiástica de Frangipani constituyólo desgraciadamente el arzobispo y príncipe elector Ernesto de Baviera. Habiendo entrado sin vocación en el estado eclesiástico, este joven Wittelsbach, que además de su arzobispado poseía aún cinco obispados, era toda otra cosa antes que un príncipe de la Iglesia según el espíritu de la restauración católica (3). Enteramente aseglarado, desempeñaba el príncipe bávaro tan poco las funciones eclesiásticas, que Frangipani reconoció muy pronto la necesidad de obispos auxiliares idóneos. El príncipe elector no iba a Colonia sino raras veces, generalmente moraba en Vestfalia o en Lieja. Aunque se mantenía libre de los deseos de secularización de su predecesor, sin embargo no sólo gustaba de banquetes y de cazar, sino también daba grande escándalo con su conducta inmoral. Sixto V juzgaba con razón sobre él muy severamente (4).

Frangipani visitó por primera vez por el otoño de 1587 en Bona al príncipe elector de Colonia, hombre de grandes prendas, pero ligero, y en nombre del Papa le hizo serias representaciones con libertad de ánimo, pero sin embargo con mucho amor. Aunque el nuncio las repitió todavía más tarde, y tampoco Sixto V ocultó su gran descontento, Ernesto no cambió su vida escandalosa. La renuncia al obispado de Frisinga exigida por Sixto V recusóla hacer decididamente, y en ello hasta se dejó arrastrar a proferir amenazas. En

(1) V. Ehses, II, xxxiii s., 15, 29 s., 104, 137, 148, 477, 481, 498. Sobre G. Braun cf. ahora el Anuario de la asociación de historia de Colonia, III (1916).

(2) V. Ehses, II, 9 s., 24, 28. Cf. *ibid.*, 35 s. la determinación de que se había de prescindir de un cambio de los estatutos del cabildo respecto de la nobleza.

(3) Juicio de Bezold en su valiosa crítica de las Relaciones de nunciatura de Ehses en las *Gött. Gel. Anz.*, 1900, núm. 7, pág. 518.

(4) Cf. Ehses, I, 43, 77, 87, nota 1; Bezold, loco cit.

estas circunstancias Frangipani creyó deber recomendar tanto más un tratamiento indulgente, cuanto que sin la buena voluntad del príncipe elector su actividad reformadora habría de quedar tan sin resultado como la labor textoria de Penélope (1). Con su prudente conducta alcanzó Frangipani ya en aquella primera conversación de Bona, que Ernesto le concediese ilimitados poderes para visitar la arquidiócesis. Por eso el nuncio hizo al punto extensos preparativos y esperaba poder dar comienzo ya a fines de 1587 a su obra tan saludable, cuando la toma repentina de la residencia electoral de Bona, efectuada en la noche del 22 al 23 de diciembre por el merodeador Martín Schenk de Niedeggen, partidario de Gebardo Truchsess, ocasionó una dilación sumamente desagradable (2). Logróse a la verdad recobrar a Bona el 29 de septiembre de 1588 con la ayuda de Alejandro Farnesio, que por las estrechas relaciones entre los Países Bajos y el Rin inferior estaba muy interesado en que se asegurase la posición del catolicismo en Colonia (3), pero este resultado obtenido en buena parte por el celo y la tenacidad de Frangipani tenía el lado desventajoso de que las tropas españolas debían tener ocupadas a Bona, Neuss y Kaiserswerth. Mostróse pronto también, que el ligero elector Ernesto era tan descuidado en la administración civil de su arzobispado duramente devastado por las turbulencias bélicas de los Países Bajos, como en la eclesiástica.

El principado de Colonia había venido a parar a tal desconcierto en el terreno de la administración política y de la hacienda, que se aproximaba a una quiebra. Frangipani hubo de resolverse a intervenir. Emprendió esta tarea enredada e ingrata con el conocimiento de que, mientras no quedase saneado este estado de cosas, tampoco su actividad eclesiástica podría obtener resultados duraderos. Como la fuerza principal de Frangipani era reclamada por el trabajo inútil de ordenar la administración y la hacienda del arzobispado de Colonia (4), no podía desplegar un trabajo de reforma metódico y seguido. Todo lleva aquí un camino torcido, se quejó una vez (5). A pesar de eso se afaná el nuncio por hacer en el respecto

(1) V. Ehses, II, 22, 41 s.

(2) V. Ehses, II, 51, 60 s., 77. Sobre cuánto lamentó el Papa la pérdida de Bona hablando con el agente del duque de Baviera, cf. la *relación de Gritti, de 6 de febrero de 1588, *Archivo público de Venecia*.

(3) V. Ehses, II, 184 s. y Bezold, loco cit., 520.

(4) V. la luminosa exposición de Ehses, II, xxxi s.

(5) V. *ibid.*, 233.

reformatorio lo que en aquellas circunstancias era posible. En Colonia logró restablecer el culto solemne en la catedral, impedir la admisión del duque protestante de Sajonia-Lauenburg en el cabildo, introducir los franciscanos observantes y cuidar de que hubiese buenas escuelas primarias católicas. Como una publicación de los decretos tridentinos en su totalidad no era posible, comenzó Frangipani a introducirlos paso a paso, obligando primero al clero de toda condición y categoría a hacer la profesión de fe tridentina, y luego poniendo en vigor los cánones sobre la administración de los sacramentos (1). Sus mejores auxiliares los halló Frangipani en los jesuitas, cuya labor beneficiosa en la escuela y en la dirección de las almas le llenaba de tal entusiasmo, que en todos los sitios de alguna mayor importancia deseaba ver fundadas residencias de jesuitas (2).

Al empleo de los medios principales de reforma eclesiástica, la visita general y el sínodo provincial, se oponían por desgracia de un modo duradero obstáculos invencibles, de suerte que Frangipani hubo de contentarse con intervenir corrigiendo en materias aisladas. Ante todo puso mano en desterrar dos males principales del clero, el concubinato y la simonía. Ninguna dificultad pudo en esto arrearle. Contra los quebrantadores notorios del celibato procedió con grandísimo rigor. Severidad unida con blandura mostró en la visita del monasterio de Kerpen (3). También en la parte vestfaliana de la arquidiócesis, que corría gran peligro, lograron los afanes de Frangipani, bien apoyados aquí por el príncipe elector, conseguir un mejoramiento del estado de las cosas eclesiásticas (4). En Colonia quedó asegurada de un modo duradero según la previsión humana la religión católica (5). Bien considerado se puede decir que Frangipani hizo todo lo que era posible para mejorar la situación eclesiástica de la arquidiócesis de Colonia. En Roma se tributó la merecida alabanza a la circunspección y solicitud que en ello desplegó, así como a su constancia. Muchas cosas que el nuncio intentaba

(1) V. *ibid.*, XLIII s., 50, 72, 76 s., 123 s., 200 s., 280 s., 313 s., 449.

(2) V. Ehses, II, XLIV, 197, 212, 253 s., 433, 440. Cf. Duhr, I, 416, 846 s. Respecto de la conducta de los jesuitas de Colonia cf. Pfülf en las Voces de María-Laach, LVIII, 89 s., donde están utilizadas las comunicaciones del tomo IV del «Libro Weinsberg».

(3) V. Ehses, II, XLVI, 187, 249, 282, 316.

(4) V. *ibid.*, XLIX, 291, 326, 435. Cf. Pieler, Fürstenberg, 137; Kamp-schulte, El protestantismo en Vestfalia, 323 s., 337 s.

(5) Así lo refiere Frangipani en 5 de julio de 1590 a Roma; v. Ehses, I, 487.

hacer, como, por ejemplo, la erección de seminarios en Bona y Neuss, tuvieron mal éxito por lo desfavorable de las circunstancias (1).

Uno de los impedimentos principales que se oponían a la visita general, estaba en la resistencia de los consejeros del decrepito duque de Juliers-Cléveris, Guillermo IV, que en gran parte eran católicos tibios e inseguros. Sin embargo, en oposición a su padre, el príncipe heredero Juan Guillermo, casado con la sobrina de Alberto de Baviera, Jacoba de Baden, promovía celosamente la causa católica con gozo de Sixto V. A pesar de su buena voluntad faltábale a Juan Guillermo por desgracia el necesario dominio de sí mismo, de modo que excitaba la envidia y el enojo de su padre (2). El Papa procuraba inútilmente, siguiendo el consejo de Frangipani, que entrambos se reconciasen (3). Pero todavía fué peor el que el príncipe heredero, a consecuencia de la miseria que había en sus tierras por efecto de la guerra, amenazase hacer fuerte oposición a España, así como también el que en parte a consecuencia de las excitaciones producidas en él por los consejeros de su padre, se le hubiesen notado desde el verano de 1589 las huellas de una incipiente enfermedad mental. Juan Guillermo estaba sin descendencia. Por eso el mayor peligro era que después de su muerte el gobierno fuese a parar a una de sus tres hermanas, que estaban casadas con protestantes. Frangipani inquiría diligentemente todos los medios por los cuales se podía obviar este peligro (4).

Además del aseguramiento de la Iglesia en los países de Juliers-Cléveris extraordinariamente importantes por su situación (5), tomó también muy a pechos Frangipani la protección de los católicos de

(1) V. Ehses, II, 276, 283, 289, 311, 316, 340, 375, 505.

(2) V. *ibid.*, XXVI, 339, 351, 353. *Ibid.*, 254 s. la relación de Frangipani sobre el uso de la comunión bajo ambas especies en las tierras de Juliers-Cléveris; como no se podía suprimir este abuso, se toleró en Roma (v. *ibid.*, 270; cf. Tempesti, I, 635 ss.). Sobre el estado de las cosas en la corte del duque de Juliers-Cléveris, donde el jesuita Pedro Michael trabajó con buen éxito de 1585 a 1587, v. también Duhr, I, 151 y para completar la disertación de Stieve sobre la duquesa Jacoba en la revista de la Asociación para la historia de Berg, el artículo de Unkel en los Anales de la Asociación Hist. para el Rin inferior, LIV, 98 s., donde se han utilizado también varias relaciones de Frangipani.

(3) V. Schweizer, II, 179, 193, 261; Hildebrandt en las Fuentes e investigaciones, XV, 286.

(4) V. Ehses, II, LIV s., 228, 250, 306, 310, 319, 329, 335, 337, 348, 382, 389, 420, 467, 471.

(5) V. Hildebrandt, loco cit., 284 s.

Aquisgrán. Como aquí le ayudó el príncipe elector Ernesto, pudo conseguirse un notable mejoramiento (1).

Vigoroso apoyo halló Frangipani por parte del príncipe elector Ernesto en sus conatos de reforma en la diócesis de Lieja, donde principalmente fué de importancia la fundación de seminarios en la capital del obispado y en Saint-Trond (2). El nuncio puso también la mira en Holanda, donde a pesar de la dificultad de la situación ya en tiempo de Gregorio XIII el catolicismo había recibido un satisfactorio impulso en el arzobispado de Utrecht (3). En junio de 1589 refirió Frangipani a Roma, que en Holanda muchos católicos habían conservado la fe, pero que por la intolerancia de los rebeldes sólo en secreto se les podía atender espiritualmente; que también allí muchos habían vuelto ya a la antigua Iglesia, y la causa católica haría aún ulteriores progresos, si se volviesen a proveer los obispados de Groninga y Deventer. Esta ciudad obtuvo en 1589 un obispo, pero por efecto de la preponderancia de los rebeldes quedó perdida para la Iglesia, lo mismo que Groninga (4). Igualmente estaban entonces sin proveer el obispado de Saint-Omer y el arzobispado de Malinas, en cuanto que allí el cardenal Allen no podía tomar posesión de su cargo (5). Gante fué de nuevo proveída en 1588 en un varón eminente, el célebre escritor Guillermo Lindano, el cual emperó murió ya el 2 de noviembre de este año y no recibió sucesor hasta 1590. En el mismo año 1588 ocupó la sede de Tournai el excelente Juan Vendeville (6). En Amberes halló obstáculos la restauración católica por la circunstancia de que al obispo de allí, Levino Torrencio, se le pusieron las mayores dificultades por parte del cabildo. Éste, cuando la ciudad pertenecía aún a la diócesis de Cambrai, había alcanzado de los Papas Alejandro VI, León X y Adriano VI muy extensas exenciones; sostenía su continuación, aunque Amberes había sido elevada por Paulo IV a obispado, y el cabildo mismo a cabildo de

(1) Cf. Ehses, II, XLIX, 48, 68, 211, 281, 355, 364, 376, 434, 444 s., 469, 479, 516 s.

(2) V. Chapeville, III, 541 s.; Ehses, II, XXXI, XLVIII, 196 s., 404, 419; Pirenne, IV, 428 s.

(3) Cf. Fruin, De werder opluiking van het Catholicisme in Noord-Nederland, en Verspreide Geschriften, III, 249 s.; Blok, III, 377 s.

(4) V. Ehses, II, 291.

(5) V. Bellesheim, Allen, 183 s. Sobre Saint-Omer v. Ehses, II, 425.

(6) V. Gams, 248, 251. Sobre Lindano cf. los vols. XIX y XX. Una muy deseable monografía sobre el primer obispo de Roermond prepara G. Schmetz, profesor de religión en Koesfeld.

catedral, al paso que Torrencio conforme a las determinaciones tridentinas reclamaba su plena jurisdicción como obispo. A fines de 1588 logró Frangipani mover a ambas partes a dejar la decisión a la Congregación del Concilio de Roma. Ésta se declaró en favor del obispo, sin que el cabildo se allanase, en vista de lo cual Gregorio XIV repitió la decisión tomada en tiempo de su predecesor y suprimió para siempre los respectivos privilegios del cabildo de Amberes. En favor de Torrencio se había empeñado en Roma celosamente el duque Alejandro Farnesio, que también otras veces favorecía los intereses eclesiásticos donde podía (1). En una relación de junio de 1590 hace notar Frangipani, que en Holanda y Zelandia el restablecimiento de la antigua Iglesia dependía de que volviesen a estar sometidas a la dominación española. Continuaba refiriendo, que la conversión de apóstatas que se efectuaba en Delft y en otras partes, se debía a los sacerdotes que allá había él enviado, los cuales sin embargo sólo podían trabajar ocultamente (2).

Sumamente fructíferas fueron las relaciones que Frangipani había entablado con el excelente arzobispo de Tréveris, Juan VII de Schönberg, lleno del espíritu de la restauración católica. Apreciaba de tal suerte a este prelado, que para el examen y nombramiento de pretendientes a beneficios eclesiásticos en territorios así protestantes como católicos, casi siempre ponía los ojos en él (3). Repetidas veces ocuparon también a Frangipani las desdichadas revueltas en la contienda sobre la soberanía entre Fulda y Wurzburg, la nueva provisión de la abadía de Hersfeld, amenazada gravemente en su existencia, así como la administración de la concesión de beneficios pontificios y del derecho de regalías imperiales en los territorios protestantes del Imperio (4). Los sesgos que t maba

(1) V. Ehses, II, 190 s., 213 s., 226.

(2) V. Ehses, II, 483, 487. Según la *relación de Lauro Dubliul al duque de Parma, fechada en Roma a 29 de febrero de 1589, Sixto V alabó la intención de erigir en Bruselas y Groninga colegios de los jesuitas. *Négot. de Rome*, I, *Archivo público de Bruselas*. Ibid. hay una *carta del cardenal Pellevé al duque de Parma, fechada en Roma a 12 de septiembre de 1589, en la que se dice: *La S^{ta} di N. S. et questi miei ill. signori della congregazione sopra la riforma et negotii dei vescovi hanno inteso con molto piacere la domanda che vien fatta dal senato di Gruninga per haver un collegio de padri Gesuiti.*

(3) V. Ehses, II, xxv, 11, 59. Sobre los trabajos de restauración de Juan de Schönberg cf. Hontheim, *Hist. Trev.*, III, 49, 146, 165, 170, 174, 180, 185; Stieve, IV, 143, 183; Schmidlin, 133; *Pastor bonus*, 1894, núm. 9.

(4) V. Ehses, II, XLIX s., LII s., 360. Cf. Winter en el *Manual Hist.*, 1890, 136 s. De los documentos aquí citados se saca que la tentativa de obtener

la larga contienda del cabildo de Estrasburgo, siguiólos Frangipani con tan grande atención como su predecesor Bonhómini. Las propuestas que hizo en este negocio, son una nueva prueba de su prudencia diplomática (1).

IV

La lucha que hubo en Estrasburgo entre los canónigos católicos y los protestantes, aunque Estrasburgo pertenecía a la nunciatura de Colonia, sin embargo por efecto de las circunstancias cayó más bajo la jurisdicción del nuncio de la corte imperial. También aquí en el año 1587 efectuóse un cambio de personas, por cuanto reemplazó a Segá el arzobispo de Bari, Antonio Púteo. Provisto de las facultades usuales, partió éste de Roma el 21 de marzo y el 15 de mayo llegó a Praga (2). Segá le declaró de palabra sus experiencias y demás de esto compuso todavía una instrucción por escrito, en la cual exponía los principios generales para la administración de la nunciatura y trataba de todos los negocios que quedaban aún por despachar.

En este interesante documento (3) designa Segá como incumbencia principal del nuncio la conservación en la antigua fe de todas las partes del Imperio que habían aún permanecido católicas. Para satisfacer a esta incumbencia recomienda a su sucesor mandar exactas relaciones a Roma, en lo cual podrían ayudarle especialmente los jesuitas, buena inteligencia con el emperador y sus consejeros así como con todos los príncipes y prelados católicos, dignidad y circunspección en la conducta y tener cuenta con las costumbres de los países alemanes tan diferentes de las italianas. Dice que no se ha de buscar el trato con los protestantes, pero tampoco evitarlo, en lo cual no se les debe mostrar odio alguno, sino interés paternal. Declara Segá, que al emperador se le había de manifestar sobre todo, cuánto habían de prevalecer entre los protestantes las tenden-

por astucia la confirmación pontificia para Krafft de Weissenbach, elevado a abad de Hersfeld el 9 de septiembre de 1588, mediante la ocultación de sus sentimientos protestantes, se frustró por la vigilancia de Sixto V. Sin embargo doce años más tarde logróse la incorporación de la venerable abadía al Estado de Hesse-Kassel.

(1) V. Ehses-Meister, I, LXXXII.

(2) Schweizer, II, CXL s., 8, 533.

(3) Publicado por Reichenberger, I, 411 s.